

DISCURSO DE RECEPCIÓN
AL REY FAISAL DE ARABIA
FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

Majestad: Si es grande la honra que nos dais al venir a España, grande es también nuestra alegría al recibirlos. Siempre que nos visita un amigo árabe, un amigo que venga de esa vasta comunidad de pueblos que se extiende desde la misma frontera marítima del sur de España, desde la más inmediata vecindad nuestra, hasta las lejanías del Oriente, el corazón de los españoles siente un gozo especial, un estremecimiento de amistad fraternal. Pues esa visita pone en pie, en la memoria de España, una larga y densa era de casi ocho siglos, durante los cuales árabes y españoles lucharon y convivieron, batallaron y se amaron, se conocieron y se fundieron hasta hacer de este período uno de los capítulos más hondos y fecundos de nuestra historia.

No necesito, señor, recordaros que si en el mundo hay un país, fuera de la comunidad árabe, en donde la tierra esté poblada de ciudades, villas y aldeas con nombres que tienen su origen en vuestra lengua; en donde el paisaje esté lleno de montañas, de valles y de ríos a los que llamamos con palabras de, clara eufonía árabe; en donde el perfil de las ciudades se adorne frecuentemente con la gracia de las almenas de una alcazaba, o con la elegante traza

de un alminar de ladrillo rosado; en donde la historia de su cultura esté repleta de nombres de poetas, de filósofos, de astrónomos o de matemáticos hispanoárabes que llevan apellidos de nuestras ciudades andaluzas; en donde la lengua posea millares de vocablos de origen árabe; en donde las artes y las artesanías están enriquecidas de enseñanzas y recuerdos árabes, ese país afortunado es España.

Vais a comprobar esa historia al contemplar los códices árabes de la biblioteca de E'l Escorial, o los jardines de la Alcazaba de Málaga, o la maravillosa arquitectura de la Alhambra de Granada, o las columnatas, arquerías y bóvedas de la Mezquita de Córdoba, una de las joyas del arte hispano-árabe, o la esbeltez de la Giralda de Sevilla, hermana de la Kutubia de Maraquex o de la Torre Hassán, de Rabat.

Solamente quería resumir esa herencia histórica, que constituye uno de los caracteres más originales y exclusivos del ser de España, recordando que Vuestra Majestad se encuentra hoy entre nosotros, viviendo unas horas en la única capital del mundo occidental que lleva un nombre de origen árabe: Madrid, el viejo Magerit medieval, en el que, a pesar de ser una ciudad occidental profundamente transformada a lo largo de su historia, sin ninguno de los grandes tesoros que adornan nuestras ciudades andaluzas, sus buenos conocedores pueden aún advertir en ella los últimos recuerdos o reliquias de la secular presencia árabe entre nosotros o de las duraderas influencias de lo que consideramos como una cultura común.

Tan entrañables y cotidianas realidades de la vida española nos hacen considerar vuestra visita no sólo *como* un honor, sino también como un acontecimiento familiar. Nuestra alegría se rodea hoy, además, de una emoción especial, pues tenemos con nosotros al Rey de la Arabia Saudí, es decir, al soberano de un pueblo que habita en la tierra que es cuna del Islam, crisol en que se fundó la espiritualidad de una inmensa comunidad cuyo vínculo es, precisamente, el de la creencia religiosa.

Nosotros contemplamos desde aquí a vuestro país no solamente como a la tierra venerable que alberga a vuestras ciudades sagradas—una de las cuales, Medina, tiene un nombre que es también tan español—o que fue el solar de vuestros lejanos antepasados que un día vinieron a España, sino también como un lugar en donde la espiritualidad árabe ha sabido ponerse en marcha hacia la acción, buscando el bienestar y la elevación de su pueblo. Pues, como un día—el 29 de mayo de 1963—dijisteis en un discurso en La Meca, «la fe quiere decir al mismo tiempo creencia y acción». Y con fe estáis trabajando para abrir a vuestra patria un ancho horizonte lleno de posibilidades, en esta hora en que todos los pueblos de la comunidad árabe sienten avivada la conciencia de su destino en el mundo actual, mundo que busca, a veces dolorosa mente, el camino de la paz, del bienestar y del entendimiento entre todos los hombres.

España ve con admiración la obra de desarrollo y progreso que está llevando a cabo el pueblo saudí desde que lo tomó en sus fuertes manos vuestro egregio padre, el gran Abdul-Aziz Ibn Seoud, hasta hoy, en que, bajo vuestra sabia guía, sigue avanzando hacia el cumplimiento de sus altos destinos.

Difícilmente se podría encontrar en el mundo un país que contemple ese espectáculo con una mayor solidaridad, verdaderamente familiar, como la que España siente hacia vuestro pueblo, hacia todos los fraternales pueblos de la comunidad árabe.

Es este sentimiento el que nos ha llevado, con gran satisfacción por nuestra parte, a colaborar en algunos programas de desarrollo económico o cultural de países de dicha comunidad, y hoy podemos ver con alegría que España es punto de atracción de una corriente cada vez más fuerte de estudiantes de naciones árabes que vienen aquí no sólo a continuar o ampliar sus estudios, sino a reencontrarse con una de las fuentes más ricas de su cultura histórica.

Permitidme, señor, que en testimonios de esta solidaridad, al tiempo que os damos de nuevo la bienvenida, agradecemos la honra de vuestra visita y ofrecemos nuestra hospitalidad mejor,

haga también mis votos más fervientes por la más grande felicidad del pueblo saudí y por vuestra ventura personal.

Julio Cola Alberich, «Diario de acontecimientos referentes a España durante los meses de octubre y noviembre de 1965», *Revista de política internacional*, n.º 82 (1965), pp. 117-119.